

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR

**EL LIC. JOSÉ MARIA CORTÉS**

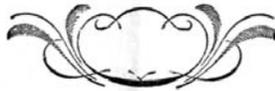
EN LA ALAMEDA CENTRAL

DEL ESTADO LIBRE DE OAXACA

EN EL

ANIVERSARIO

DEL 5 DE MAYO DE 1868.



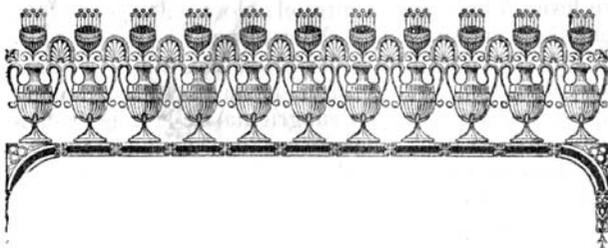
**OAXACA.**

Tipografía de Manuel Ruiz, á cargo de G. Márquez.

Calle del Organista número 4.

1868.





“Eterna ley del mundo aquesta sea:  
En pueblos ó cobardes ó estragados  
Que ruede á su placer la tiranía;  
Mas si su atroz porfia  
Osa insultar á pechos generosos  
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,  
Estréllese al instante  
Y de su ruina brote el escarmiento.”  
Dijo así Dios: con letras de diamante  
Su dedo augusto lo escribió en el cielo;  
Y en torrentes de sangre á la venganza  
Mandó despues que lo anunciase al suelo.

QUINTANA.

**F**UNESTO en verdad ha sido, conciudadanos, para la Francia moderna el mes que comenzamos, que nos reúne hoy en esta festividad nacional y cuyo sol ardoroso ilumina nuestras frentes é inflama nuestros pechos con el mas puro patriotismo; y mas funesto aun para la dinastía napoleónica, cuya ambicion y poderío han comenzado á zozobrar en este mes de eterna remembranza al rudo embate y espantosos bramidos de las oleadas de la libertad: despues de haber bogado por el mar del mundo con vientos bonancibles, con próspera y creciente fortuna. El dos de Mayo será eterno y solemne en los fastos de España; pero ¿qué digo, conciudadanos? en los fastos de la Europa entera; pues que en ese dia memorable el pueblo de Madrid, sintiendo hervir en sus arterias la sangre de Pelayo,

se levantó indignado contra el coloso del siglo: su leon enfurecido contra el tigre Murat lanzó un grito de guerra que estremeció todas las provincias de la península, resonando desde Asturias hasta el Nilo, y comenzando esa lucha larga y sangrienta de la independencia española contra la alevosa usurpación francesa, que sacudió al aherrojado mundo, haciéndole ver que era vulnerable el Aquilón de la Francia, y que sus huestes mercenarias plegaban sus alas y doblegaban su frente ante los resplandores y rugidos de la libertad.

Nuestro cinco de Mayo será de inmortal y gloriosa memoria entre nosotros y en la América toda; porque en él quedó humillada la pérfida invasión de Napoleón III, estrellándose ante los muros de Puebla de Zaragoza, y abriendo esa lucha formidable que hizo ver al mundo que el vencedor de Oriente y Solferino era vencible y débil ante el coraje y patriotismo de un pueblo heroico, que se levanta indignado en defensa de su libertad é independencia.

Y como si no hubiera sido bastante para la mala ventura de esos dos opresores de la libertad que los fulgores de Mayo, encendiendo los pechos esforzados de la España y de América, de la madre y de la hija, hicieran palidecer su estrella fulgorosa, y rompieran las primeras su cetro abominable; en este mismo día recuerda también la humanidad que el leon encadenado de Austerlitz y Jena, cuyos rugidos espantaban aun la tierra y estremecían la libertad, exhaló el final aliento en la isla de Santa Elena, y dejó respirar al oprimido y amedrentado mundo. ¡Que dos días tan memorables! ¡Que tres recuerdos tan infaustos para los tiránicos y ambiciosos Napoleones nos ofrece este glorioso aniversario de nuestra segunda independencia!

Luego este es un mes sagrado de la libertad é independencia de los pueblos; luego hoy debe el mundo acompañarnos en nuestros cantos y nuestro regocijo; luego en este día solemne las nacionalidades y los pueblos amenazados de muerte por las garras de hierro de esos dos hijos pérfidos y renegados de las Repúbli-

cas de 92 y 48, deben izar sus banderas y celebrar con nosotros su emancipacion, su patriotismo, su constancia y su victoria; el triunfo de la justicia y su derecho, de su libertad é independencia. ¡Gloria á España que con su espléndido triunfo sobre el primer imperio sacudió las cadenas del mundo y abrió la tumba de Napoleon I! ¡Viva México! que con su brillante triunfo sobre el segundo imperio aseguró la independencia de la América, alienta y enseña á los pueblos oprimidos á sacudir el yugo de Napoleon III, y consagra con su sangre y con su gloria el gran principio de la no intervencion.

¡Pero feliz intervencion, conciudadanos! que nos ha levantado del polvo; nos ha colmado de gloria; que ha afirmado nuestra fé, nuestras instituciones, nuestras reformas y nuestro porvenir. Tal es la importancia y significacion que debemos dar á este aniversario del 5 de Mayo de 1862. Celebrémoslo, pues, entusiasmados, ya que descansamos triunfantes á la sombra de la paz; y pues que el Estado reconocido ha querido solemnizarlo mas y mas, premiando hoy con mano generosa los heroicos hechos que recordamos; mostrémonos conmovidos y llenos de reconocimiento hácia nuestros valientes republicanos, que salvaron nuestra independencia y dejaron tan bien puesto el honor nacional.

Verificada apénas la independencia de México, despues de once años de guerra constante y de todo género de sacrificios; cuando los buenos patriotas esperaban, llenos de confianza el corazon y de júbilo la frente, que la nacion ya libre del extranjero yugo y disponiendo libremente de todos los elementos de vida y de grandeza con que la ha enriquecido el cielo, marchara desembarazada y feliz por el camino de la prosperidad; la vemos desgraciadamente desconcertada y torpe dividirse y destrozarse en convulsiones intestinas; caminar á merced de las facciones y los pronunciamientos, de yerro en yerro y de abismo en abismo; pobre y desgarrada en el interior; despreciada y humillada en el esterior; y lo que es mas aun perdien-

do su moral y su decoro; debilitando en esas convulsiones y luchas fratricidas su fé y su patriotismo, hasta caer en el mas fatal de los vicios sociales, en la indiferencia política, que es la muerte de las repúblicas. Los odios, las venganzas, los intereses personales, he aquí las principales causas de nuestras revoluciones, y los grandes móviles de sus funestos corifeos, que ambiciosos é ignorantes, vacilando entre el pasado y el espíritu del siglo, sin el valor suficiente para arros-trar aquel, y sin comprender el presente y el porvenir, se dejaban llevar de su ambición y de sus intereses, para medrar únicamente á la sombra de su partido y del gobierno que levantaban. Así se esplica tanto des-órden y anarquía, tantos cambios políticos y tanta san-gre inútilmente derramada en los años corridos desde la primera independencia hasta el año memorable de 1867.

¿Mas á qué atribuir, conciudadanos, el predominio funesto de esos intereses mezquinos sobre los verdade-ros intereses del país, tanta vacilacion en política y tanta indiferencia en el pueblo? Bien lo sabeis, á la falta de escuela política; al sistema de tutela y opre-sion en que gemimos por trecientos años; á la fatal educacion de España, que si alguna excusa alegar puede es tan sólo el atraso y decadencia en que ella misma se encontraba; á la ignorancia en que nos ha-bía dejado, que si es un grande obstáculo para el des-arrollo de todo gobierno liberal, es un síntoma de muerte para una república democrática.

Pero cuando la nueva generacion educada, como republicana, en los negocios públicos y bien nutrida con el espíritu del siglo se enseñoreó del país, y quedó arrumbada y débil la generacion retrógrada; cuando en medio de nuestros vaivenes y anarquía las luces se fueron difundiendo, los pueblos fueron recobrando su dignidad, reconociendo sus derechos; cuando perdie-ron su arraigo los hábitos antiguos, las preocupacio-nes su prestigio; y á la hermosa luz de la civilizacion y el porvenir pudieron descubrirse las manchas y vi-

cios del pasado; el liberalismo entonces armado de la oportunidad y de una suma mayor de ilustracion lanzó el grito de regeneracion, y de guerra á los abusos y á las preocupaciones; y comenzó esa gran lucha de la reforma, que durante cinco años, con lealtad é iguales armas, triunfó del retroceso, y se asentó coronada de laureles en 1861 en la capital de la república.

Aquí la nacion cambia de aspecto y toman otro carácter nuestras revoluciones. A esa guerra civil, pero filosófica y social, en que las ideas y los principios predominaron sobre los intereses y las personas; en que la razon triunfó de las preocupaciones y el pueblo del ejército corrompido y revolucionario; á esa guerra, digo, debió la nacion mexicana el levantamiento del espíritu público, la restauracion de su fé política, la union del gran partido nacional y la escitacion de su patriotismo; cosas todas que dieron á los buenos y leales mexicanos el valor y constancia que tan heroicamente desplegaron en la guerra que hicieron á la intervencion y al imperio. ¡Honor eterno á la constitucion de 1857 y á sus valientes defensores!

Sí, conciudadanos, tal era afortunadamente la situacion y el estado de los espíritus en nuestra patria, cuando para contenerla en su progreso y libre vuelo; envidioso de nuestra gloria y futura grandeza el enemigo encarnizado del republicanismo, el déspota Napoleon III envió á las playas mexicanas sus águilas triunfantes, brindándonos pérfida é hipócritamente con su tiránico apoyo y su servil civilizacion. ¡Gran Dios! ¡Como si no fuera tu ley que los pueblos nuevos, una vez que han entrado en la carrera de la civilizacion, se apoderen de la idea civilizadora y progresista; y con mejores elementos la desarrollen y representen, levantándose y triunfando sobre los pueblos antiguos! ¡Como si la jóven América, grande como sus montañas; virgen como sus inmensos bosques; fecunda como sus feraces campos, necesitara del miserable apoyo de los tronos de Europa, que se derrumban á las terribles convulsiones y bramidos de la libertad! ¡Como

si el nuevo mundo, que representa el porvenir, pudiera aliarse con el viejo, que representa el pasado!

Allá en la remota antigüedad la libertad huyó del Asia inmóvil y estacionaria, para imprimir su movimiento y vuelo á los pueblos nuevos del Occidente; y hoy prefiere sin duda á ese mundo, ya antiguo y enervado, estas nuevas y vírgenes regiones, donde pueda desarrollarse á su placer; y donde las aristocracias y tiranías han pasado como una sombra; sin echar raíces profundas en esta tierra libre; dejándonos tan solo recuerdos de ignominia y maldicion, una huella de sangre y un cadalso aterrador, que publica desde lo alto ¡justicia, independenciam y libertad!

Hombres del viejo mundo, dejadnos aislados como la naturaleza nos aisló: unánnos tan solo los dulces lazos de la fraternidad; pero dejadnos en política seguir el grande espíritu de la democracia, que la Providencia ha querido domine y se desarrolle de una manera tan extraordinaria en este nuevo mundo. ¡Atras hijos espúrios de las repúblicas del 92 y 48! ¡No os da rubor venir á ultrajar la libertad que adorásteis un dia, y que pretendéis venerar aun? O si fascinados por la gloria y arrastrados por la obediencia ciega, venis como miserables esclavos de un déspota insolente, lamentando tan inicua como loca empresa, y deseando vosotros mismos romper vuestras propias cadenas; saltad al combate en hora buena, y aprendereis á ser libres, recibiendo una lección tremenda de un pueblo desangrado sí y desigual en armas, pero grande y fuerte, porque es libre y porque defiende su honor é independenciam.

Acercaos á los muros de Puebla, á ese santuario augusto de la libertad; con todo el orgullo de vuestras victorias, con todo el empuje de vuestro brazo y con toda la superioridad de vuestra disciplina y vuestras armas: lanzaos, que ya os aguardan impávidos los republicanos de América, los hijos de Hidalgo y de Morelos . . . ¡Oh cinco de Mayo por siempre memorable y bendecido en los recuerdos gloriosos de nuestra pa-

tria y de la humanidad! ¡Una y mil veces loado ese día venturoso, que los tronos de Europa recuerdan estremecidos de horror y las repúblicas de América llenas de orgullo y de un júbilo santo!

¡Oh inmortal Zaragoza! ¡Tuya es tan grande victoria y tan inmensa gloria! Victoria simpática y hermosa del débil contra el fuerte, de la justicia contra la iniquidad, del libre republicano contra el esclavo monarquista. Tú, general ilustre, levantaste de su estupor á la América espantada, haciéndole ver que eran vencibles los famosos foldados del mas formidable déspota: tú diste una sonrisa á la esperanza, que brilló desde entónces en el horizonte del amedrentado Anáhuac: tú nos abriste el camino del honor, de los laureles y la gloria, y comunicaste á nuestros héroes el fuego sagrado que ardia en tu corazon. ¡Qué importa ya que esta ó aquella ciudad caiga en las garras del invasor; que nos arrebate palmo por palmo el terreno que tan heroicamente defendemos; y aun que la hermosa capital de la República sea presa de su momentánea fortuna, y se convierta en una farsa imperial, si con tu ilustre ejemplo y tu brillante triunfo la República entera se convertirá en un inmenso campo de batalla, en que arda inestinguible el patriotismo; y á fuerza de valor y constancia, á sangre y fuego huyan despavoridos los miserables invasores, quede el imperio sepultado en Querétaro, y sea el centro de las campañas glorioso monumento de la libertad, y eterno padron de infamia y escarmiento para la traicion y el filibusterismo? . . . Tal es, conciudadanos, el valor, la trascendencia y la importancia suma de la gloriosa jornada que celebramos hoy.

Ella nos ha levantado hasta el heroismo ante la orgullosa Europa que tan vilmente nos calumniaba y despreciaba: ella nos ha conquistado las simpatías, la admiracion, las congratulaciones y alabanzas de los liberales de todos los pueblos y naciones, de esos atletas de la humanidad y del progreso, hermanos en Jesucristo y en su ley santa de caridad y libertad; y ella

en fin ha hecho ver al mundo que un pueblo nuevo, despreciable y bien maltratado por la fortuna, pero libre, generoso y fuerte, ha hecho fracasar la astuta política y las armas victoriosas del tirano afortunado de la Europa; pueblo que defendiendo su honor, su libertad, su justicia y su derecho, ha sostenido dignamente el honor, la libertad, la justicia y el derecho de la humanidad entera.

¡Santa y feliz mision la de un pueblo que representa y sostiene tan caros y tan grandiosos intereses! Es por sin duda un pueblo de eleccion; instrumento de los altos destinos del mundo, digno representante de la democracia y de la civilizacion; y cuyo seguro y hermoso porvenir se refleja en los cielos al canto del hosanna que le tributan los pueblos admirados y reconocidos.

Tal vez no esté léjos el dia en que el pueblo frances, despues de diez y siete años de opresion, respire al fin, rompiendo sus cadenas y derrocando al tirano, al opresor de las nacionalidades. Ya se agita ese gran pueblo á los recuerdos gloriosos de su libertad; ya resuenan los vítores á la República en el santuario mismo de las leyes. ¡Y no hemos de creer nosotros que las lecciones que recibieron en México esos hermanos de Víctor Hugo y de Lamartine despierten á ese pueblo y le inspiren el alto temple y fuego sagrado que llevaron consigo Lafayette y los otros republicanos que se formaron en el Norte al dulce arrullo de la libertad? . . . .

Pero miéntras mas reflexionamos sobre la guerra de la intervencion, sus grandes y sublimes episodios y su espléndido y trascendental triunfo; miéntras mas procuramos apreciar su altísima importancia, y sus fecundos resultados; mas crece nuestro reconocimiento, y mas nos confunde la inmensa deuda para con nuestros héroes y soldados de la República. Pronto la historia con su pluma de oro y sus apreciaciones imparciales y justas nos pondrá á la vista en todo su esplendor y con sus interesantes pormenores esa gran-

diosa epopeya, y los heroicos hechos, que yo no pudiera ni enunciar siquiera, de esa década gloriosa de la reforma, la intervencion y el imperio. Ella dará el alto relieve que merecen esos padres de la patria, que tanto la engrandecieron, y le volvieron su ser, salvando su honor, su libertad é independencia.

Hay un hombre que representa por completo esa década memorable; que simboliza la reforma y la República; y en cuya frente serena en medio de la mas deshecha borrasca, se ha visto brillar la esperanza y la buenaventura de la patria, cuando estaba para ser tragada por las furiosas oleadas del retroceso y de la intervencion. Como Colon, era considerado como un visionario é insensato, cuando, como ese célebre marino que veía un mundo nuevo donde los otros no veían sino abismos y escollos, él desde las playas de Veracruz y desde Paso del Norte veía abrirsele un camino de arcos y flores para la capital, á la vez que sus compañeros solo descubrian el ridículo y la muerte amenazante que se les acercaba. Es que él, como Colon, como Lutero, tenía una mision que llenar: era el hombre predestinado, que comprendiendo su época, representando el progreso y la civilizacion, y mas feliz que Hidalgo é Iturbide, tuvo la rarísima fortuna de consumir la grande obra que emprendió; iniciando la reforma, desarrollándola y sosteniéndola contra enemigos nacionales y extranjeros.

¿Con qué alabanzas y recompensas manifestaremos pues nuestro reconocimiento á ese padre de la patria, por sus trabajos, abnegacion y sacrificios? Cuando lo vemos salir dos veces fugitivo de la capital, llevando sobre sus espaldas, como Eneas fugitivo de Troya, los penates de la República; corriendo de un mar al otro mar, de un cabo al otro cabo; salvándose aquí de las emboscadas de los enemigos; allí del puñal del asesino; sufriendo sed y hambre en los desiertos, fatigas en las montañas; traicionado de sus mejores amigos; abandonado de sus tropas; y allá en los confines de la nacion, entregado al menosprecio y al ridículo,

esforzando la vista para consolarse como Ulises, descubriendo á lo léjos el humo de su querida patria.

¿Y qué diremos del rayo de la guerra, de ese otro paisano nuestro, que hoy se halla entre nosotros, descansando de sus largas y gloriosas fatigas? Ah! no me detengo en sus ilustres hechos por no ofender su notoria modestia. ¿Pero cómo pagar podríamos sus fatigas y sacrificios, y las fatigas y sacrificios de tantos otros héroes y valientes soldados, que prefirieron padecer y morir en los campos de batalla, ántés que sufrir la mengua y el envilecimiento de su patria?

¿Quién no conoce la vida dura y azarosa del soldado, sus privaciones y peligros? Azares y peligros que mas crecen cuando se tiene que pelear con un enemigo tan formidable como el soldado de Sebastopol y de Magenta, y durante cinco años consecutivos.

Ah! los que no tomamos las armas durante esa larga y cruda guerra; los que descansando en nuestros hogares fiamos nuestra bandera, nuestro honor y nuestra independencia á los leales y valientes soldados de la República; los que disfrutamos hoy de su orgullo y de su gloria, comprados con su sangre; y vengados y engrandecidos nos levantamos ante el mundo como una nacion heróica, como un pueblo modelo; ¿cómo agradecerémos á esos nuestros defensores sus grandes trabajos y cómo recompensarémos sus virtudes y sus sacrificios?

La gratitud pública para con los grandes hombres de la patria; los honores y las recompensas públicas para con sus leales servidores; los cantos y monumentos perpetuadores de las glorias nacionales, sobre ser el cumplimiento de un deber sagrado, son tambien el estímulo mas poderoso de las grandes acciones; mantienen y desarrollan el patriotismo; forman el espíritu público; levantan el orgullo nacional, y son la luz del porvenir, el consuelo en las adversidades y la esperanza en las tribulaciones y tormentas. ¡Ay del pueblo ingrato á sus patriotas y bienhechores! Que desconoce y olvida sus servicios; que en vez de abrirles

sus brazos para curar sus llagas y restañar su sangre con el bálsamo del reconocimiento, tal vez les entrega al menosprecio y los condena al hambre y les paga quizá con el ostracismo y el cadalso . . . . Vendrán los días aciagos, de peligro y de luto . . . y entonces ese pueblo ingrato en vano llamará á sus caudillos con una voz plañidera y penetrante; sus defensores no lo oirán; lo abandonarán los unos al frente del enemigo; lo traicionarán los otros; y el abandono, la cobardía, la perfidia y la traicion serán el condigno castigo de ese pueblo, que borrado del catálogo de las naciones arrastrará una existencia triste; sin que sepa siquiera consolarse en su desgracia con sus pasadas glorias; porque tal será su degradacion; porque caerá en tal extremo de ignorancia y de envilecimiento.

No así la nacion mexicana, afortunadamente; que tan magnánima como generosa, y tan justa como reconocida hoy aparece mas grande, rebosando en gratitud para con sus hijos leales y esforzados, premian-do sus importantes servicios con los puestos públicos, con magníficos obsequios, con pensiones, dispensas, honores y condecoraciones.

Por eso nuestro Estado, que tan grande y el primero se levantó en la guerra, hoy se muestra en la paz profundamente reconocido á sus heroicos hijos; y distribuye solemnemente en este día de tanto honor y gloria las medallas que la honorable legislatura decretó en 11 de Enero prócsimo pasado. ¡Honor eterno á los famosos y valientes oaxaqueños, dignos paisanos y émulo de los Juarez y Diaz, que tan brillantemente defendieron la autonomía de la nacion, su libertad é independencia!

Venid á los altares de la patria, que engalanados y cubiertos de flores, iluminados con los blancos cirios de la paz y no con las renegridas teas del furibundo Marte, os llaman con la trompa de la fama y no con el son agudo del clarin guerrero; venid á recibir la sencilla pero gloriosa recompensa con que la patria

os honra y eterniza vuestros nombres; venid todos los que, abandonando vuestros hogares, vuestros padres, vuestras esposas y vuestros hijos, volásteis á so-correrla y á salvarla en el naufragio. Vosotros sois sin duda sus verdaderos y mas queridos hijos, ó para decir mas bien, vosotros sois sus verdaderos padres. Las cicatrices que llevais en vuestras frentes; las ar-rugas que surcan vuestros semblantes, consumidos en la guerra; las mutilaciones de vuestro cuerpo; todos estos hermosos timbres de vuestra gloria y de nuestra salvacion, nos recuerdan hoy elocuentemente lo mu-cho que os debemos; que por vosotros vivimos libres, independientes, con honor y con gloria. Recibid, pues, á nombre de nuestro Estado este testimonio público y solemne de nuestra admiracion y reconocimiento. Re-cibid estas emociones puras y profundas que agitan en estos momentos nuestras almas, al recordar vuestros eminentes servicios y rendiros nuestra mas ardiente gratitud; recibid estas lágrimas tiernas que saltan á nuestros ojos á la vista de vuestras heridas y vuestros sacrificios, de la sangre de tantos mártires, compañe-ros de vuestras fatigas, derramada por nosotros en los campos de batalla. Y si hay algun mexicano tan in-grato y ciego que no reconozca con nosotros estas her-mosas glorias nacionales; que no sienta palpitar su co-razon en estas efusiones de nuestro patriotismo, acom-pañando nuestras tiernas y generosas impresiones y dando las gracias al Dios de los ejércitos . . . ¡yo le maldigo á nombre de la patria!

Mucho y muy grande es lo que habeis obrado en fa-vor de nuestra patria: habeis consumado una grande revolucion, que tiene asombrado al mundo y lo ilumina-rá sin duda; y nos iluminará á nosotros, formando una de las épocas mas fecundas y brillantes de nuestra historia: eterna será nuestra gratitud para vosotros; y en testimonio de ella os colmaremos de honores y re-compensas; os tributaremos siempre la admiracion y el respeto que tan justamente mereceis y que nos ins-piran vuestras virtudes y vuestro patriotismo: nuestro

orgullo será siempre nombraros, presentandoos á nuestros hijos como modelos de patriotas y de republicanos. Pero cuidad vosotros de conservar siempre limpio vuestro honor; siempre pura vuestra gloria. Vivid solo para la patria, y no mancheis vuestra espada en las facciones que la desgarran: refrenad vuestra ambicion, é imitad la admirable sencillez y las virtudes de los grandes republicanos de Roma y de la gran República de Washington, que despues de haber gobernado y salvado á su patria no se desdeñaron de volver á manejar el arado, viviendo honradamente en el hogar doméstico, colmados de honores y de las bendiciones de sus conciudadanos.

Mucho nos falta que hacer; mucho que trabajar, para lograr todo el fruto que nos promete la espléndida victoria que alcanzásteis; para mostrar al mundo que nos contempla que somos capaces de consumir esa grande obra de nuestra regeneracion, y para confundir con nuestro acierto y con nuestra conducta á los enemigos exteriores que nos asechan, tendiéndonos sus garras, para aprovecharse de la primera ocasion que nuestros yerros y nuestras debilidades les presenten. Esforcémonos, pues, en evitar esa ocasion funesta; olvidando generosamente nuestros pasados agravios, estrechando mas y mas nuestros lazos fraternales; y bajo la paz y la union consolidando la República, para desarrollar los infinitos gérmenes que encierra de grandeza y de ventura. Pero si por desgracia volviese el extranjero á interrumpir nuestra marcha y reposo, y á insultar nuestra República, guiadnos vosotros al combate, soldados afortunados de Zaragoza: este sea nuestro grito de guerra, y el sol de Mayo encienda el furor en nuestros pechos y nos alumbré la victoria.

